

Lisa
McInerney

**LAS REGLAS
DE LA REVELACIÓN**

Traducido del inglés por Javier Calvo

Título original: *The Rules of Revelation*

Publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2021 por John Murray (Publishers), un sello de Hachette UK.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Lisa McInerney, 2021

© de la traducción: Javier Calvo Perales, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN:

Depósito legal:

Printed in Spain

Para Louise

Cork hacía su propia música. Entre los latidos de los corazones, las gargantas haciendo ruido, y los sonidos del puerto, el tráfico y los pasos, quizás resultara difícil aislar el fragor de la ambición de un solo hombre, pero ahora este pisaba más fuerte; por Dios, sí que había ganado presencia. El problema era que oía la música que hacía su ciudad y quería ajustar cuentas con ella. Quizás habría sido buena idea no dejarle que volviera. Pero así era la vida, y la cosa acaba de empezar.

El nombre de aquel solista era Ryan Cusack. Tenía el pelo negro, ojos castaños, piercings en el trago de la oreja, cinco hermanas y hermanos, tres empastes, dos pasaportes y una madre muerta. Le faltaba poco para cumplir los veinticuatro. Era el exnovio, el mejor amigo, el mayor problema y el amor de la infancia de Karine D'Arcy. Era el amor o bien la cruz de su vida, y también el padre de su hijo de dos años y medio, Diarmaid. Le provocaba a Karine un nudo en la garganta. Le daban ganas de reventar puertas a patadas. Ahora ella lo tenía en la pantalla del teléfono, a pecho descubierto, con la mirada adormilada y quizás un poco pedo, a más de nueve mil kilómetros de distancia.

—Ah, D'Arcy —le dijo—. ¿Te he despertado?

—Pues sí —dijo Karine. Estaba tumbada en su cama, con el teléfono frente a la cara—. Pero no es culpa tuya, porque

es demasiado temprano para quedarme sobada en el sofá.
¿Qué hora es ahí?

—Las seis y media de la mañana del domingo.

—Se te ve fumado, chaval.

—Joder, ya querría yo. No, tía. Es por el soju.

Ryan se pasó el teléfono a la mano izquierda. Detrás y a la derecha tenía la luz de una lámpara. Estaba sentado en su cama. Solo, o eso parecía. Hacía dieciocho meses que Karine solo lo veía en pantallas y tres años que no era su novia, y, a pesar de su pasado en común, de su hijo y de los juegos que jugaban por pura costumbre, se suponía que no tenía derecho a fisgar.

—¿Has estado fuera toda la noche? —le preguntó.

—¿Qué dices? Pero si he llegado temprano.

—Está aquí Dylan.

—Uf, Dios me libre de robarle tiempo de su velada. Pobre Dylan. Con lo majo que es. ¿Dónde está?

—En la salita.

—¿Y dónde estás tú?

—En mi dormitorio.

—¿Estás vestida?

—¡Pero mira que eres descarado!

Ryan se rio y se reclinó hacia atrás, y ella le vislumbró el tatuaje estilo tinta aguada que se había empezado a hacer en Cork de un dragón que le iba de hombro a hombro y le bajaba por el espinazo. En el tiempo que llevaba fuera le había añadido más partes. Ahora el dragón volaba por un cielo de cirros negros que le bajaba formando remolinos y líneas delicadas por el brazo derecho hasta la muñeca y cuyas volutas se extendían por el lado derecho del torso hasta la cadera y el vientre. En el costado de la caja torácica tenía una luna tapada por las nubes. Karine había visto expandirse el tatuaje solo en fotografías y por FaceTime y había expresado una

desaprobación tibia y sentido un distanciamiento inesperado. Pero no se lo había dicho. En su lugar, le dijo: «No entiendo por qué alguien querría pasar por todo eso».

—*Mi perdón* —dijo él ahora—. Es la costumbre. —El teléfono se movió de tal manera que ella dejó de verle el diseño del brazo—. ¿Está mi nene en la cama? —preguntó.

—Ya hace un par de horas.

Ryan se tumbó. Sostuvo el teléfono encima de la cara y se pasó el otro brazo por la coronilla. La frase que dijo a continuación tenía un aire soñoliento.

—Escucha, vuelvo a Cork.

—¿Cuándo? ¿De visita o...?

—Vamos a grabar un álbum —dijo él—. Y esta vez lo vamos a hacer todos en el mismo país.

—Se podría decir que ya era hora.

—¿Me estás diciendo que ya era hora?

Karine miró la esquina de su pantalla, donde estaba su propia imagen, un duplicado de lo que Ryan veía de ella. Se llevó el pulgar izquierdo a los labios.

—A partir de ahora Diarmaid empezará a recordar cosas. O a darse cuenta de que no está bien que su padre esté tan lejos. Así que ya es hora. Y también de cara a la banda.

—Necesito estar con Diarmaid —dijo él—. Con Lord Urchin, a ver qué pasa. Va a ser brillante o un puto desastre.

—Quizás Cork echa de menos el jaleo que armabas.

—Lo dudo sinceramente, tía.

—¿Cuándo vienes?

—Ah, todavía falta un mes o dos. Tenemos que juntar la pasta. Pedir vacaciones en el curro, reservar el estudio... y componer el puto disco.

—Joseph no me ha dicho nada.

—Lo hemos decidido hoy. Ayer. Joder, cuando te veo no sé ni en qué día vivo.

—Es lo que tiene el soju —dijo ella.

Según sus amistades, Karine D'Arcy también tendría que haber decidido ir por libre. Interpretaban las acciones de su exnovio como sal en la herida. Le decían que tenía que sentirse independiente, la arquitecta de su propio destino, o de su propia perdición, si se daba el caso. Pero Karine siempre se había considerado parte de un sistema. Una hija de tres, una bailarina dentro de una compañía y una amiga dentro de un grupo. Algo para alguien. No podía hacer gran cosa acerca del hecho de que fuera la ausencia de un hombre lo que la definiera. Era la madre de un niño cuyo padre vivía en ubicaciones muy diversas y lejanas. Su imagen era la de una mujer abandonada. Se veía forzada a recordarle a la gente que ella había sido cómplice de aquel abandono, que Ryan trabajaba en el extranjero porque ella le había dado permiso para trabajar en el extranjero. Nunca hablaba mal de él delante de Diarmaid porque quería que el niño estuviera seguro de que tenía un padre que lo quería. No lo había engendrado un tipo que solo aparecía para los cumpleaños y en Nochebuena, y de esos había muchos.

Después de la llamada con Ryan se quedó unos minutos sentada en su dormitorio. Su novio, Dylan Moloney, estaba bebiendo cerveza en la salita de los padres de ella y viendo el final de una película de terror, esperando a que lo que la definiera fuera su apego a él.

Karine se acordó de las volutas que Ryan tenía tatuadas en el brazo y de las nubes pasajeras de su costado. Se imaginó un dragón esbelto y oscuro que se abría paso por entre olas de cirros, adentrándose en la baja atmósfera y arrasando todo lo que tenía debajo. Se imaginó Cork en llamas y a duras penas consiguió llenarse los pulmones de aire. Sintió su cuerpo de bailarina debajo del que le había dejado la maternidad. Y en aquel momento Karine podría haber elegido las

notas. Y podría haber compuesto la pieza que estaba a punto de sonar.

Se decía que Irlanda se estaba reinventando, como si eso fuera un evento poco común y el país no viviera en un estado constante de titubeo. Poscolonial, poscatólica, pos Tigre Celta, pos-Brexit...; unas crisis observadas atentamente por centinelas pequeñas y viejas asomadas a las ventanas con las cortinas de encaje en la mano, y donde cada nuevo colapso presagiaba una nueva ola de «ideas raras». Se decía que Irlanda siempre sabía qué era, por mucho que no lo fuera durante mucho tiempo. Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Qué estaba haciendo, legalizando el matrimonio entre personas del mismo sexo y rebelándose para conseguir atención sanitaria para las mujeres y con el *céad míle fáilte* y el «vuélvete a tu país de mierda» y el *divide et impera* y los obispos en los consejos escolares y el quererlo todo y asegurar que no tenía nada?

Corría 2019 y era un momento raro para ser irlandés. En toda la historia de Irlanda no había habido ni un momento que no fuera raro para ser irlandés.

Ahora había una centinela pequeña y vieja sentada frente a una encimera de madera en un apartamento de una tercera planta del centro de Cork. No era del todo bienvenida allí, pero se sentía perfectamente cómoda; se sentía cómoda en la mayoría de las situaciones, porque ya hacía un par de décadas que había decidido que por qué no lo iba a estar. Era pequeña según cualquier criterio: medía metro sesenta y se componía en su mayor parte de chaquetas de punto. Era vieja por insistencia propia. Tenía sesenta y ocho años y no que-

ría saber nada de la idea de que la ancianidad se postergaba por medio de una dieta saludable y de la medicina moderna, porque la juventud significaba contribuir y adaptarse; la juventud era un coñazo y, por consiguiente, nadie se la iba a imponer a su edad. Se llamaba Maureen Phelan, o a veces Mo Looney. Estaba en plena forma y no le gustaba que la gente lo supiera.

El apartamento pertenecía a su hijo único, engendrado por Dominic Looney, un hombre al que no veía desde mediados de julio de 1969. Le había puesto de nombre al niño James, pero siempre lo habían llamado Jimmy. Lo habían criado sus abuelos en el norte de Cork mientras la fresca de su madre hacía su penitencia desempeñando trabajos de oficina en Londres y faltando al respeto a los albañiles que le tiraban los trastos en los pubs irlandeses. Nueve años atrás, al chaval le había entrado un ataque de caballería y había insistido en que su madre volviera a Cork para disfrutar de su ancianidad bajo su atenta mirada. La había instalado en una serie de pisos pijos. Le había organizado excursiones con sus dos nietos. Había pulido con esmero las hendiduras que Maureen había abierto a cuchillo en la ciudad. En menos de un año Jimmy cumpliría cincuenta años. Durante una temporada había parecido que no llegaría a cumplirlos.

Le habían vuelto a salir las cejas y las pestañas, gracias a Dios, pero se había quedado terriblemente flaco y era muy nervioso.

Jimmy le puso delante una taza de té y se volvió para terminar de prepararse la suya. Tenía pinta de acabar de salir de la cama —ojeras, la boca un poco abierta, andares cansinos—, aunque seguramente llevaba horas levantado.

—Son cinco —le dijo ella—. Cuatro tíos y una chica. A ver, no es la música que me gusta a mí, pero tiene una voz preciosa, Jimmy.

Su hijo le dijo en tono huraño:

—He oído cantar muchas veces al gilipollas ese muchas canciones distintas y ni una sola me ha dicho nada.

—Ay, no seas tan viejo puñetas. El chaval tiene un don, ¿por qué no le dejas que lo use?

—Pero ahí está el problema, mujer. Que no recuerdo que me lo haya pedido.

—A veces me pregunto si eso a lo que te dedicas no te estará haciendo perder la chaveta. Si te pasas la vida meándote en la ley, acabarás creyendo que la ley eres tú.

Jimmy se dio la vuelta y se apoyó en la encimera de su cocina. Se cruzó de brazos, apoyando la taza sobre el antebrazo contrario, y dijo:

—Eh, ¿por qué no paras de una vez?

—No pienso parar —dijo ella—. «No recuerdo que me lo haya pedido.» Menudos aires de grandeza. Ahora te crees que puedes sobrevivir a cualquier cosa, ese es tu problema.

—¿Has venido solo para decirme que Ryan Cusack quiere ser un puto cantautor?

—He venido a verte —dijo ella con sinceridad.

Veía a mucha gente. Cuando vives en una ciudad, no puedes evitar verla. Se juntan y se apelonan y salen a patadas de los edificios. No conocía a muchas de esas personas. Se había apuntado a clubes de lectura y a clases y se había llevado bien con el resto de los participantes, porque los irlandeses son un pueblo parlanchín y los nuevos irlandeses o bien eran parlanchines, o le cogían el tranquillo con rapidez. Pero tarde o temprano Maureen solía despertar intranquilidad en la gente. Decía lo que no debía o preguntaba lo que no debía preguntar, y los demás se retraían como los políticos después de unas elecciones generales, poniendo sonrisas benévolas y caminando hacia atrás. A Maureen no le importaba demasiado —si algo no faltaba era gente—, pero de vez en cuando

necesitaba hablar con alguien cuya vida estuviera entretrejida con la de ella, por lo menos para que hubiera un contexto coherente. A una amistad nueva le tendría que hacer una introducción exhaustiva antes de poder hablarle de Ryan Cusack y de los pasos que estaba dando con tanto descaro. Jimmy conocía bien al joven Cusack. Había sido su jefe. Lo había llevado al frente de batalla. Y seguramente era quien estaba pagando la fiesta ahora.

Y quizás por esa misma razón Maureen no debería estar hablando con su hijo de Ryan, porque qué otra cosa estaba haciendo más que precipitar el hecho de que Jimmy exigiera el pago de su deuda. Pero era más fácil pedir perdón que permiso. Y le encantaba portarse mal, a Maureen; le gustaba fastidiar a la gente, poner palos en las ruedas y provocar, y ahora lo estaba intentando.

Jimmy tosió frente a ella.

—Espero que sea el coñac lo que te ha dejado así —dijo Maureen.

—Ya no tengo cuerpo para beberlo.

—Pues a ver.

—Se espera de mí que tenga cierta vida social —dijo él.

—Te estás recuperando, Jimmy.

—Lo cual para la mayoría de la gente significa volver al trabajo, y, por tanto, me toca volver al trabajo.

—Lo normal sería que un hombre como tú no necesitara preocuparse de lo que piensan los demás.

—Ah, Maureen, si muestras un poco de flaqueza, todos los capullos que te rodean se te tiran a la yugular. ¿Y sabes qué? Ese niño que cantaría que se largó por piernas ocupa un lugar muy bajo en mi lista de dolores de cabeza.

Ella suspiró como para reconocerle aquello y dijo:

—Supongo que le fue bien contigo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno —dijo ella e hizo una pausa para dar un sorbo—, la buena gente de esta ciudad diría que rompiste más de lo que construiste.

—La buena gente no tiene imaginación...

—Aun así, les podrías haber dado un héroe popular.

—Ah, crees que va a llegar muy lejos, ¿eh?

—¿Por qué no se lo preguntas cuando esté aquí?

—Se lo preguntaré —dijo Jimmy—. Ah, no te preocupes, al señor Cusack lo traeremos aquí agarrado de la oreja.

—Para que te pueda pedir permiso, ¿no?

—Sabes que me doy cuenta de cuando me estás intentando provocar, ¿no? —le dijo él—. No cuesta tanto ver por dónde vas, mujer.

—Ah, quizás tengas razón. —Maureen dejó de golpe la taza sobre la encimera para ver si lo sobresaltaba—. Fue más listo que tú, y me alegro.

—La quimioterapia fue más lista que yo —dijo Jimmy—. Mejor dicho, se sacó un diploma entero a mi costa. Lo único que hizo Cusack fue ver una oportunidad y largarse por patas.

—En fin. —Se quedaron sentados sin decir nada hasta que ella se dio cuenta de que los dos pensaban que con su silencio iban a ser más listos que el otro. Se terminó el té—. Me voy a ir yendo —dijo, ofreciéndole la taza. Jimmy se la cogió—. Considérate un mecenas de las artes, Jimmy —le dijo—. Como uno de aquellos príncipes mercantes italianos de antaño.

Fuera hacía un día luminoso pero impredecible, y, de hecho, a Maureen ya le había llovido un par de veces. Ahora fue siguiendo el río Lee y se detuvo para mirar unos mapas antiguos que había en el escaparate de una librería de viejo. Pensó en los mecenas. Hombres y mujeres con dinero de sobra y un terror incipiente a su propia mortalidad. Nobles enloque-

cidos por la sífilis, llenos de *grá* por el oro y la cartografía. Plutócratas eclesiásticos que encargaban pinturas de santos lustrosos. Príncipes mercantes que encargaban textos de filosofía conveniente para usarlos como biblias. ¿Cómo podía recuperarse el mundo de aquella clase de peso político?

Hacía unas semanas que había visto en la televisión un documental sobre los príncipes mercantes, y lo que había aprendido era que no había distinción alguna entre un capitalista normal y corriente y el degenerado al que ella había parido. Las cosas que su hijo hacía, o por lo menos las cosas que había hecho cuando era un hombre más fuerte, habían causado estragos en la ciudad, ¿y acaso la ciudad no se lo había merecido? «A la mierda la ciudad», pensaba cuando se sentía beligerante, un sentimiento cada vez más frecuente y que quizás fuera resultado de haberse empeñado en llegar a vieja; pero, cuando suspiraba y se calmaba un poco, le parecía una pena enorme que la mayor parte de Cork no supiera las cosas que ella había tenido que padecer, de manera que no se las podía recriminar, y las actividades de Jimmy —hacer chanchullos o romper cabezas o lo que fuera— eran imperdonables, pero aun así eran consecuencia de que su país hubiera decidido joderle la vida a Maureen en 1970. Imperdonables, pero comprensibles y bastante previsibles.

Durante un tiempo Jimmy había tenido trato con un tal Tony Cusack, que también había aportado al mundo su propia ración de barrabasadas. Maureen no había conocido a Ryan de niño; de joven lo había reconocido solo porque era clavado a su padre. Le había parecido ingenuo, deslenguado y dueño de unos manierismos tan incómodos que sugerían que tenía problemas éticos o sufría de los nervios. Aparte de esto, suponía que era guapo. No tenía costumbre de enamorarse de veinteañeros, pero era de agradecer que no fuera desagradable a la vista. Ryan había hecho algún trabajillo para

Jimmy. Maureen no sabía de qué clase. Vender droga, suponía. No era lo bastante corpulento para trabajar de matón. Se había hecho amiga de él sin que Ryan examinara sus motivaciones; estaba necesitado de amistades. Durante unas semanas él había estado yendo a visitarla para tomar té y charlar, y en aquel tiempo Maureen había descubierto que tenía madera de músico. Él contaba que le había enseñado a tocar el piano su madre, pero, después de morir esta, su padre había vendido el piano. Maureen se había enterado de que el padre de Ryan se lo había vendido a la exmujer de Jimmy, Deirdre, y había hecho que le mandaran a su apartamento el piano, que a fin de cuentas solo estaba cogiendo polvo; pero no había forma de hacerle aquel regalo a Ryan sin revelar que había sabido desde siempre de qué familia venía. Ryan no se lo tomó bien. Fue una de las pocas veces en su vida en que Maureen no había disfrutado de tocarle las narices a alguien.

Por la razón que fuera, Jimmy mandó a Ryan al extranjero. Aquel no le quiso decir a su madre cómo ponerse en contacto con este, y, como Maureen había dicho tantas cosas que no debía y formulado tantas preguntas inconvenientes, Ryan tampoco se prestó a darle su información de contacto. Ella aprendió a sacar el máximo partido a las búsquedas de internet. Hizo que su nieta, Ellie, le enseñara a navegar por las redes sociales y, aunque Ryan no parecía tener presencia en ellas, sí que encontró a un par de hermanas de él, y a través de ellas se enteró de que ahora Ryan era padre de un niño pequeño y de que estaba en una especie de exilio, igual que había estado ella: Jimmy lo había trasladado de Cork a Nápoles y de allí a Dublín y a Liverpool. Y se había seguido moviendo por el mundo aun después de que Jimmy enfermara y asumiera su convalecencia forzosa: primero fue a Berlín y después, a Seúl, lo cual a ella le había parecido una locura, ponerse a dar tumbos por el mundo de aquella manera cuando tenías un

niño pequeño en casa. ¿Qué le frenaba para volver cuando su género le impedía sentir vergüenza; cuando, a fin de cuentas, el siglo XXI había dado al traste con la mayoría de todo aquello? No lo entendía.

Cuando Ryan grabó un tema de piano nuevo —vendía arreglos a través de una página web de música pregrabada—, ella se lo compró. Cuando se enteró de que había compuesto la música para un videojuego, se compró el juego, aunque no le pudo encontrar ni pies ni cabeza, de manera que solo oyó el primer tema de la banda sonora. Intentó hacer que lo jugara Ellie en su lugar. Ella le dijo que era raro; tenía catorce años y casi todo le parecía raro.

Cuando Ryan montó una banda con esos tres chavales y la chica, al principio Maureen dio por sentado que había vuelto a Cork. Comprobó las cuentas de las hermanas, se dio una vuelta por los bloques de pisos donde vivía su padre y por fin acudió a la página web de la banda, molesta por lo escurridiza que era su antigua mascota. Resultó que todavía estaba en Seúl y que la intención de la banda era grabar en internet a modo de experimento. Maureen compró las canciones y meneó la cabeza al ritmo de la música. Al principio no se dio cuenta de que la voz de las grabaciones era la de Ryan. No le había parecido que tuviera perfil de cantante.

Maureen se alegraría si Jimmy se tomara un momento para preguntarse si acaso no sería lo correcto darles a sus protegidos los medios para producirse a sí mismos.

Reanudó su camino. Siguió el río Lee y cruzó por el puente Parnell. Sin ella y su sufrimiento nunca habría existido Jimmy y, por tanto, tampoco habría habido recursos para que Ryan Cusack se dedicara a recorrer mundo y a hacer música. No era descabellado pensar que sin Maureen Phelan no habría existido una banda de Cork de cinco miembros llamada Lord Urchin. Se sentía como una matriarca oscura, no

malévola, pero sí pragmática, sintonizada con todos los ritmos de la ciudad. En serio, se sentía una mecenas. ¿Acaso no era la madre de un gran príncipe mercante?

Era un momento raro para ser irlandés. Ni siquiera mediaban generaciones entre los cambios. Los irlandeses odiaban a la Unión Europea por exigir que se implantara la austeridad después de la debacle financiera; los irlandeses amaban a la Unión Europea por ser algo que los británicos odiaban después del Brexit. La emigración se estaba llevando a los mejores y más brillantes irlandeses; Dublín estaba atestado de gente y al mismo tiempo nadie se podía permitir vivir allí. Los sacerdotes se estaban extinguiendo; las empresas emergentes de diseño se mantenían a flote gracias a las camisetas que decían «JESUCRISTO VA EN BICICLETA» y a los paños de cocina con la inscripción «JESÚS, MARÍA Y JOSÉ» bordada. ¿Quién querría una Irlanda Unida? ¿Acaso los seis condados no desangrarían a la República? Los chavales llevaban collares con eslóganes irónicos que decían «BRITÁNICOS FUERA» porque quizás pronto habría una Irlanda Unida. Ser irlandés era estar seguro de que por fin las cosas estaban saliendo bien para Irlanda y, al mismo tiempo, tener la certeza de que, teniendo en cuenta la suerte de Irlanda, no había esperanza alguna. Ser irlandés equivalía a estar resentido, a ser indiferente, europeo, nacionalista, demente. Era la isla de los santos y los académicos y en ella no quedaba un solo santo. Había gente escribiendo libros y filmando películas y haciendo conciertos improvisados en las plazas. Gente grabándose a sí misma recitando poesía en la costa del Atlántico, mirando con burla a Canadá. ¿Qué se podía hacer, salvo seguir intentando contar la historia de todo esto? Ser joven, talentoso y molar.

Durante cuatro años todo había ido tan bien como Georgie Fitzsimons podía esperar, y luego el muy capullo había decidido reinventarse como estrella del rock.

Georgie lo buscaba de vez en cuando en Google y cada vez que lo hacía esperaba encontrar la noticia de que le habían impuesto una pena de prisión severa o de que había salido gravemente herido de una pelea a puñetazos en Patrick Street. Durante mucho tiempo, cuando tecleaba su nombre en la barra de búsqueda descubría que lo único asociado a él era puro hilo musical. «Seguro que está muy orgulloso», pensaba ella; la madre que lo parió... Tuvo un periodo largo en que aquella precariedad ya la satisfacía y dejó de buscarlo en Google. Y luego, una mañana de finales de primavera, mientras se estaba comiendo su cuenco de avena en la cocina de su piso compartido de Croydon, una búsqueda ociosa le descubrió un artículo del *Echo* sobre una banda llamada Lord Urchin que había grabado unos cuantos temas en internet y, animada por la respuesta, estaba a punto de grabar un álbum entero en los Union Studios, cerca de la Academia de Música, en el centro de Cork.

«Lord Urchin es el proyecto de los primos de Mayfield Joseph O'Donnell y Ryan Cusack. En el pasado, Cusack triunfó como productor de música de baile con [tema del que ella no había oído hablar en su vida] y también ha remezclado a [no sé qué furcia] y a [otra panda de inútiles] y ahora reside en... ¿el puto Seúl?»

«¡El puto Seúl!», pensó ella, furiosa, mientras caminaba por Brigstock Road con un paraguas rebelde. ¿Cómo ha terminado en Seúl? Pero si debía de tener una lista de antecedentes penales más larga que Blarney Street; ¿quién había dejado entrar a aquel chaval en Seúl? Quizás fuera un Ryan Cusack distinto. Quizás hubiera dos en Mayfield. En el tren lo volvió a buscar en internet. No había dos Ryan Cusack en Mayfield. «¡En el puto Seúl!», pensó con rabia.